

vasos, platos, jarras y hasta bacinicas de plata que las niñas de la familia hubieran cambiado gustosas por otras de porcelana o cristal; las tertulias en que las apuestas en los juegos de cartas eran considerables y que tenían lugar en las salas, adornadas con alfombras y candiles europeos; los paseos en coche de los domingos, el celo con que se vigilaba a las jóvenes y algunas descripciones, reconstruidas con ayuda de textos de la época, del beneficio de la plata.

No es fácil determinar en la narración si la interpretación que el autor da a los episodios de la historia de México es la suya o la de los Almada. Su procedimiento es sintetizar muchos acontecimientos históricos de esas décadas que él estudia y luego narrar cómo los diferentes Almadás reaccionaron ante ellos. Sea suya la interpretación o no, el lector encuentra en este libro un Álamos de grandes residencias habitadas por hermosas y atractivas mujeres y emprendedores e ilustrados empresarios, rodeada de campos y minas trabajados por yaquis, mayos y ópatas aparentemente conformes con su suerte. Quizá los habitantes nativos no fueran tan primitivos y sumisos ni los nuevos pobladores tan trabajadores y civilizados ni la situación tan idílica y pacífica como el autor los presenta, pero en cualquier caso, al referirse a los Almadás y a Álamos, el autor nos deja entrever las vicisitudes por las que pasó una villa española fronteriza y una sociedad cerrada y privilegiada cuando les faltaron los apoyos que las hicieron posibles.

María del Carmen VELÁZQUEZ  
*El Colegio de México*

Isidro VIZCAYA CANALES: *En los albores de la independencia — Las Provincias Internas de Oriente durante la insurrección de don Miguel Hidalgo y Costilla — 1810-1811*, Monterrey, Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey, 1976, 340 pp., bibl., índice. «Serie Historia, 14.»

Aunque también se refiere a sucesos del norte mexicano, es muy distinto el libro de Isidro Vizcaya Canales del de Albert Stagg comentado por mí en la reseña inmediatamente anterior a ésta. El de

este último autor está escrito con ayuda de memorias personales y escasas fuentes éditas, y éstas preferentemente norteamericanas, para destacar la presencia de Almadás en Sonora a lo largo de casi un siglo, con el tono festivo de quien quiere recordar las grandezas de la familia. El del señor Vizcaya, en cambio, está ricamente documentado con material de archivos oficiales mexicanos, sólo abarca un corto período de tres meses y se refiere a muchos y distintos personajes, algunos de no grata memoria, residentes en cuatro provincias de la frontera norte oriental. Sólo se parecen en que a los dos autores lo que les interesa presentar son los hechos de los hombres de la región.

En sus "Comentarios sobre las fuentes..." (pp. 293-305), el señor Vizcaya asienta: "Es indudable que durante la insurrección encabezada por el cura Hidalgo las Provincias Internas de Oriente fueron un teatro secundario de acción. Por esta razón las historias generales de México han tratado en forma muy somera los sucesos de estas provincias, salvo la prisión de los principales caudillos en Acatita de Baján. Era de esperarse que los historiadores regionales hubieran subsanado esa deficiencia, pero no ha sido así. Nunca han intentado hacer una historia unificada de las antiguas Provincias de Oriente y han fraccionado los acontecimientos concretándose a relatar lo que sucedió en alguna de las entidades. Pero aun en esto se adolece de graves defectos..." Sabedor, pues, de esta situación historiográfica, el señor Vizcaya procedió a escribir este libro, en parte para contribuir a remediar esa deficiencia con relación al período que estudia, aunque quizá en la misma medida le importe mucho precisar lo que pasa por "historia verdadera" de algunos sucesos. El resultado es un libro bien pensado y escrito con orden y método, en once capítulos y un epílogo.

Empieza con una introducción precisa y muy útil que explica la situación política-administrativa de las cuatro Provincias Internas de Oriente (Coahuila, Nuevo Reino de León, Nuevo Santander y Texas) en la primera década del siglo XIX. Quizá porque don Manuel de Santa María "fue el funcionario más importante de la administración española y el militar de más alta graduación en servicio activo que se pasó a la insurgencia" (p. 217), el autor empieza la presentación de sus personajes con la de ese gobernador del Nuevo Reino de León. A este señor le siguen otros funcionarios, obispos, autoridades y oficiales militares de esa región

que formaba el ámbito de la Décima Brigada de Milicias, con sede en San Luis Potosí, comandada por Félix María Calleja. Señala el autor la rivalidad y animadversión que era frecuente existiera entre los oficiales veteranos y los milicianos, pues las cuatro provincias orientales pertenecían, por otra parte y en septiembre de 1810, a la Comandancia General de Provincias Internas, de la cual era jefe supremo don Nemesio Salcedo y en donde había, concentradas en los presidios, tropa y jefes de los llamados veteranos.

Da cuenta de las arbitrariedades de los gobernadores y otras autoridades de las provincias, y de la sumisión y servilismo de sus incondicionales; del contrabando que era tan copioso con las posesiones de los angloamericanos y de los esfuerzos del virrey y de la metrópoli por cortar abusos y moralizar la administración de las Provincias Internas.

En el momento en que empezó la rebelión insurgente y el gobierno español ordenó la movilización de tropas se pudo ver qué difícil iba a ser preparar la defensa del gobierno peninsular. Se trataba de armar una vasta región, muy poco poblada, en donde los soldados milicianos no tenían ni armas, ni uniformes, ni mucho menos instrucción militar, y cuyos oficiales tenían por ocupación vigilar la administración de sus haciendas y ranchos. Se presentó la urgencia de organizar un ejército bien pertrechado, abastecido y disciplinado con los pobladores de las provincias, que sólo estaban acostumbrados a salir de momento, en pequeñas partidas, a perseguir indios depredadores. Por tanto los militares que debían combatir la insurrección encontraron toda clase de excusas y pretextos para eludir el alistamiento y para zafarse de contribuciones y donativos.

Pero a la vez los militares y paisanos empezaron a reaccionar ante la aparición de insurgentes de otras provincias que embargaban los bienes de españoles y criollos por igual, enganchaban gente y se llevaban bastimentos, mulas y caballos. Pronto cayeron en la cuenta de que no podían permanecer indiferentes a la insurrección y que tenían que elegir un bando al que les conviniera seguir.

Respecto a las convicciones políticas que debían haber normado la conducta de esos fronterizos, el autor se muestra escéptico y piensa que no deben de haber sido muy firmes. Tampoco cree que fueran fieles muy cumplidores de sus deberes religiosos. Por

otra parte, la propaganda de los bandos en pugna no daba mucho campo para escoger, pues ambos decían que luchaban por la religión, rey y patria, y acusaban al contrario de querer entregar el país al francés (p. 101). En cambio, la riqueza fácil, aunque peligrosa de obtener, era poderoso motor de su acción. El autor señala que el apoderarse de grandes sumas de dinero dio pie para declararse a veces realista, a veces insurgente.

A pesar de la objetividad y parsimonia con que el autor procede en su minucioso relato de las órdenes y movimientos a que dio lugar el grito de Dolores en las Provincias de Oriente, no hay dificultad para percatarse de que el principio de la rebelión insurgente inició un cambio dramático en la vida de las sociedades fronterizas: huían los europeos, se movilizaban contingentes, se desconocían autoridades y paralizaban negocios, circulaban noticias extrañas y empezaban los castigos y muertes por tomar partido, aunque seguían celebrándose las ferias y efectuándose bailes y matrimonios.

En el momento en que permanecer en el bando realista empezó a ser un peligro real, el gobernador Santa María inició el "cambio de casacas" de autoridades en el valle del Pilón, en el que participaron los fronterizos, con pocas excepciones. Un campo de realistas quedó establecido en Aguanueva, a poca distancia de Saltillo, con soldados sacados de las cuatro provincias con muchos trabajos, pues, al decir de Calleja, "la manía de todos es la de defenderse cada uno en su país, dejando por este medio a los insurgentes reunir fuerzas que no puede resistir ninguno" (p. 63). Las defecciones del campo realista crecieron con rapidez hasta que los insurgentes dominaron las cuatro provincias. Pero así como fue rápida la conquista insurgente, así también fue la vuelta a la sumisión de las autoridades españolas. "En sólo tres meses —asienta el autor— toda la inmensa área de las Provincias Internas de Oriente situada al norte y oriente de la Sierra Madre se había pasado a la insurgencia y vuelto al bando realista, habiendo tenido lugar en su territorio únicamente una batalla: la del Puerto de Piñones, al abandonar Rayón a Saltillo" (p. 193).

El autor asienta que no es fácil explicar a qué se debió la frialdad con que fue acogida la insurgencia en el Norte (p. 193). Menciona como posibles causas la escasa población, predominantemente criolla, el reducido número de jornaleros, de indios entre los que no había diferencias muy notorias de fortuna, lo que puede haberle restado atractivo a los llamados de los insurgentes. Sin

embargo, recoge el sentir de los realistas relativo a que la opinión de la plebe era favorable a la insurrección (p. 69) y que las ideas de los "tumultuarios" quedaban grabadas en algunas almas (p. 74). Por otra parte asienta que de las antiguas Provincias Internas de Oriente saldrían, en la siguiente generación, muchos de los caudillos y tropas que darían el triunfo al partido liberal (p. 194).

Una cuestión que le parece increíble al autor es la seguridad que tenían los insurgentes de la ayuda que iban a recibir de los Estados Unidos (p. 155). Quizá haya que considerar que los insurgentes daban por hecho que los estadounidenses ayudarían, en América, a quienes siguieran su ejemplo emancipándose de sus metrópolis para adoptar un gobierno liberal. Pero también cabe una explicación bien sencilla, a la que apunta lo que él narra: en el norte abundaban los aventureros dispuestos a servir a quien les pagara bien y los comerciantes deseosos de hacer negocios, que proveían de armas a los indios y blancos de la frontera desde hacía tiempo. Los mexicanos empezaron a decepcionarse de la nación vecina en el momento en que entraron formalmente en contacto con ella y conocieron los objetivos particulares de sus gobernantes; pero eso sería un poco más tarde.

El autor dedica algunas páginas de los comentarios sobre las fuentes especialmente para considerar lo que se ha escrito sobre Ignacio Elizondo —ese capitán miliciano, conocido por traidor, insurgente primero, oportunista siempre, muerto en Texas por el teniente Serrano en 1813— para aclarar y demostrar que quien lo convenció de volver al bando realista no fue el obispo Marín de Porras, como se ha dicho, sino José Ramón Díaz de Bustamante, comandante de Laredo. Muchas otras precisiones brinda el autor al lector relativas a hechos y personas.

Asienta el señor Vizcaya que es difícil reconstruir los hechos de los insurgentes en las Provincias Internas porque el material documental proviene del bando realista y degradadamente el de los insurgentes es muy escaso (p. 302).

El uso provechoso que el autor hizo de tantos documentos como revisó permite dejar apuntadas, para otros estudios, interesantes cuestiones, tales como la diferencia entre las fronteras de las Provincias Internas y la frontera de "guerra viva", la participación de los indios guerreros en los encuentros bélicos y lo artificioso

del gobierno de la Comandancia General de Provincias Internas, cuestiones que sólo han podido aparecer porque el autor ha hecho un relato documentado y muy detallado de los sucesos que tuvieron lugar en las provincias fronterizas orientales en los albores de las guerras de independencia.

María del Carmen VELÁZQUEZ  
*El Colegio de México*